

LOS ÉXTASIS DE LA MONTAÑA

Eglogánimas.

EL TEATRO DE LOS HUMILDES

Es una ingenua página de la Biblia, el paisaje . . .
La tarde en la montaña, moribunda se inclina,
Y el sol un postrer lampo, como una aguja fina,
Pasa por los quiméricos miradores de encaje.

Un vaho de infinita guturación salvaje,
De abstrusa disonancia, remonta á la sordina . . .
La noche dulcemente sonríe ante el villaje,
Como una buena muerte á una conciencia albina.

Sobre la gran campaña verde azul y aceituna,
Se cuajan los apriscos en vagas nebulosas;
Cien estrellas lozanas han abierto una á una;

Rasca un grillo el silencio perfumado de rosas . . .
El molino en el fondo, abrazando la luna,
Inspira de romántico viejo tiempo las cosas.

EL DINTEL DE LA VIDA

Oh, la brega que jacta de viruta y de pieles ! . .
Las éspesas comadres mascan livianas prosas ;
Y en proverbiales éxodos, promiscuan las jocosas
Diligencias, su carga, bajo los cascabeles . . .

Ah, dicha analfabeta sin resabios, ni hieles !
El rudo pan del Cielo sabe á tomillo y rosas.
Ah, bañarse en la atónita desnudez de las cosas,
Y morir en los brazos de la buena Cibeles !

Oh, mañana inefable de la Vida ! Oh, la franca
Risa como de leche de la conciencia blanca !
Ante el alba inocente — no bien la noche fuga —

Se abre, entre la hierba viciosa de sus calles,
La dulce aldea : blanca violeta de los valles,
Siempre dichosa y siempre buena porque madruga.

CLAROSCURO

Son campos solariegos . . . Tal vez, ay ! ese muro
Algún idilio trágico en su orfandad recuerde,
Y la hiedra misántropa que su mármol remuerde,
Dió sombra al gran Virgilio ó á Lamartine tan puro !

El viejo caserío, chato, de aspecto duro,
Allá en los accidentes, sonámbulo, se pierde;
Y la pradera huraña mira, en éxtasis verde,
Al monte que en el cielo enfosca un gesto oscuro.

La siembra su chillona, rústica pompa viste
En pañuelos pictóricos, que van hasta los cerros,
Bordados de hortalizas, de lino, mies y alpiste . . .

Y en tanto, entre las roncadas alarmas de los perros,
El tren se hunde en el túnel, como un ciclón de fierros,
El llanto de una gaita vuelve la tarde triste.

LA PROCESIÓN

El señor Cura, impuesto de sus oros sagrados,
Acaudilla el piadoso rebaño serraniego ;
En voz alta exorcisa los demonios, y luego
Salpica de agua santa las siembras y los prados.

Corean cien ladridos la procesión. Por grados,
Las músicas naufragan en el ancho sosiego . . .
Todo vuelve al divino mutismo solariego :
Gentes, rebaños, eras, parroquias y collados.

La emoción del crepúsculo pesa solemnemente.
Pájaros en triángulo vuelan sobre el torrente...
De cuando en cuando gime con unción oportuna,

La inválida miseria de un viejo carricoche...
Todo es grave. El castillo encantado de luna,
Llena de cuentos de hadas los campos y la noche.

EL BURGO

Junto al cielo en la cumbre de una sierra lampiña,
Tal como descansando de la marcha, se sienta
El burgo, con su iglesia, su molino y su venta,
En medio á un estridente mosaico de campiña.

Regaláse de oxígeno, de nuez sana y de piña...
Rige chillonamente gitana vestimenta :
Chales de siembra, rosas y una carga opulenta
De ágatas, lapislázulis y collares de viña.

Naturaleza pródiga lo embriaga de altruismo ;
El campo es su filósofo, su ley el catecismo.
Fieramente embutido en sus costumbres hoscas,

Por vanidad ni gloria mundanas se encapricha ;
Tan cerca está del cielo que goza de su dicha,
Y se duerme al narcótico zumbido de las moscas . . .

LA VENDIMIA

Mordiscan las tijeras con apáticos mimos,
En un brillo piadoso, por los pámpanos ciegos ;
Carbunclos y esmeraldas, gemas de extraños fuegos,
Desmayan sobre el cesto, en engarces opimos . . .

La rendición copiosa — premio de cien trasiegos —
Licencia en horabuena los galantes arrimos ;
Y ufanas las mozas con lustrosos racimos
Trenzan cucas muñeiras y fandangos manchegos.

Es ya noche. Prismáticas transparencias de uvas
 Rutilan en las fauces borrachas de las cubas . . .
 Y mientras Pan despierta himnos entre los saucos

— Ebria de lacrimosos frutos la frente eximia —
 Como al cuerno propicio de Baco, — la Vendimia,
 Hacia la luna joven, abre sus ojos glaucos.

INVIERNO

El invierno embalsama, con sugestión de faustos
 Emolientes, la cosas . . . Ebria por el ventisco,
 La luna sesga en póstuma decrepitud su disco
 De azogue, que hipnotiza los predios inexhaustos.

La casa se reposa . . . Se oye el balar arisco,
 Como una pesadilla de clamores infaustos,
 En duelo de quién sabe qué antiguos holocaustos
 Que lloran en el alma cristiana del aprisco.

Riendo ante la bella Neith que su prez modula,
El viejo una gloriosa lágrima disimula . . .
Por fin, la besa y luego que solemne la escruta,

Úngela de tabaco, y su dicha completa
Picándola en su barba las mejillas de fruta,
Que aterciopela un vello brumoso de violeta . . .

LA CASA DE DIOS

Flamante con sus gafas sin muchos retintines,
Ataca á sus enfermos el médico cazurro :
Al bien forrado, es lógico, lo cura con latines,
Y en cuanto al pobre, rápido receta desde el burro . . .

Como antes, la acequia comenta en parlanchines
Borbollones el mismo confidencial susurro ;
La orquesta del Casino, de un arpa y tres flautines,
Descerraja una polca contra el coro baturro.

El pueblo ronca viejas credenciales de gloria :
Bastiones y acueductos con sus barbas de historia,
Una escuela sin bancos y un hospicio en la cumbre,

Criptas y humilladeros con medrosos retablos . . .
Y en los mismos dinteles, bajo un fanal sin lumbre,
Una gran Cruz de hierro para ahuyentar los diablos.

EL GENIO DE LOS CAMPOS

Por donde humea el último arado en los cultivos,
Agrias interjecciones el eco desentona.
De tarde en tarde el ámbito trasunta en su bordona
La égloga que sueñan los campos subjetivos.

Álamos oxidados y sauces compasivos . . .
Aldeanas con cestos de fruta. Una amazona . . .
El silencio en la inerte Cartuja congestiona
De mística Edad Media los panoramas vivos.

Insinúase un vaho de fresales maduros,
Con sabrosas resinas y violentos sulfuros...
Bajo el vetusto puente, clásica linfa corre,

Holgándose entre vegas de ópalo y de raso;
Mientras, muecín sonámbulo, la esquila de la torre
Traspasa de ultratumba y de Dios el ocaso.

EL ESPEJO

Se hunden en una sorda crisis meditabunda...
El Ocaso suaviza los últimos enojos,
Y Neith enjuga el oro líquido de sus ojos,
Triste como su hermana, la tarde moribunda...

Conspira en acres vahos la insinuación fecunda
De la Naturaleza, por siembras y rastros;
Y ellos, que ora se brindan flores en vez de abrojos,
Suman entrelazados una unidad profunda.

Largamente, idealmente, como un sacro beleño,
Bión la apura de un beso hasta el fondo del sueño...
Por no verla, en procura de un instante de calma,

Cierra luego los ojos, declinando en el hombro
La armoniosa cabeza, y oh! dulcísimo asombro,
Como en un claro espejo, la contempla en el alma.

LA CASA DE LA MONTAÑA

Ríe estridentes glaucos el valle; el cielo franca
Risa de azul; la aurora ríe su risa fresa;
Y en la era en que ríen granos de oro y turquesa,
Exulta con cromático relincho una potranca...

Sangran su risa flores rojas en la barranca;
En sol y cantos ríe hasta una oscura huesa;
En el hogar del pobre ríe la limpia mesa,
Y allá sobre las cumbres la eterna risa blanca...

Mas nada ríe tanto, con risas tan dichosas,
Como aquella casuca de corpiño de rosas
Y sombrero de teja, que ante el lago se alía...

Quién la habita?... Se ignora. Misteriosa y huraña
Se está lejos del mundo sentada en la montaña,
Y ríe de tal modo que parece una niña.

CANÍCULA

Labora la coqueta falange rusticana
Que se prepara el sábado para lucir en misa.
Zumba la pedrería musical siempre á prisa,
De la colmena. Un grillo cri-cra entre la ventana...

La tarde suda fuego. No cesa la roldana...
La gente en los sembrados anda esta vez remisa,
Y hasta la dócil yunta, al aguijón sumisa,
Obedece, por cierto, que de muy mala gana.

Holgando breves horas en la estación que enerva,
Zagales y zagalas se unen sobre la hierba...
Ellas descuidan blancas florescencias carnales,

Que muestran, aguas puras, su interior sin mancilla...
Cantan, juegan; y todos son un alma sencilla,
Tal como en las desnudas épocas fraternales.

DOMINUS VOBISCUM

Bosteza el buen Domingo, zángano de semana...
El traperero del burgo ronda las callejuelas;
Y enluta el Seminario, en dos sordas estelas,
Su desfile simétrico, de una misma sotana.

Junto á la fuente, donde chocan sus castañuelas
Los sapos, el «elenco» debuta en la tartana;
Y beato, sobre tantas mansedumbres abuelas,
El cielo inclina un gesto de bendición cristiana.

Dos turistas, muñecos rubios de rostro inmóvil,
Maniobran la visita de un fogoso automóvil...
Con su lente y sus frascos y su equipo de viaje,
Investiga el zootécnico, profesor de lombrices,
Y á su vera, dos chicos, en un gesto salvaje,
Atisban, con los húmedos dedos en las narices.

BOSTEZO DE LUZ

Cien fugas de agua viva rezan á la discreta
Ventura de los campos sin lábaro y sin tronos.
El incienso sulfúrico que arde por los abonos,
Se hermana á los salobres yodos de la caleta...

Con sus densos perfiles y sus abruptos conos,
Á lo lejos, la abstracta serranía concreta
Una como dormida tormenta violeta
Que el crepúsculo prisma de enigmáticos tonos.

Silencio. Un gran silencio que anestesia y que embruja,
Y una supersticiosa soledad de Cartuja.
Ripian en la plazuela, sobre el único banco,
El señor del Castillo con su galgo y su rifle...
Y allá en la carretera que abre un bostezo blanco,
Se duerme la tartana lerda del mercachifle.

EL AMA

Erudita en legías, doctora en la compota
Y loro en los esdrújulos latines de la misa,
Tan ágil viste un santo, que zurce una camisa,
En medio de una impávida circunspección devota...

Por cuanto el señor cura es más que un hombre, flota
En el naufragio unánime su continencia lisa...
Y un tanto regañona, es á la vez sumisa,
Con los cincuenta inviernos largos de su derrota.

Hada del gallinero. Genio de la despensa.
Ella en el paraíso fía la recompensa...
Cuando alegran sus vinos, el vicario la engríe

Ajustándole en chanza las pomposas casullas...
Y en sus manos canónicas, golondrinas y grullas
Comulgan los recortes de las hostias que fríe.

EXHALACIÓN SUPREMA

Bajo el regio crepúsculo de oro azul y grosella,
Títiro en la dulzaina solemniza su cuita,
Mientras Lux, taciturna de idilio en la hora aquella,
Bajo los abedules, sólo por él palpita...

Lux delira, en su alma ha nacido una estrella,
Aspirando esa música tan honda y exquísita,
Que evapora un suspiro de la tarde infinita,
Con todo lo que calla de más sublime en ella.

En su seno de virgen, late Amor un impronto
De ansiedad que le asfixia... Es ya noche. De pronto,
La dulzaina solloza un adios mortecino,

Y silencio ante el éxtasis de los lagos azules.
Ha muerto un alma blanca bajo los abedules...
Voces intermitentes zumban en el camino.

EL ENTIERRO

Cuatro rudos gañanes, sobre el hombro herculoso
Sustentan el humilde féretro descubierto.
El cura ronca el salmo del eterno reposo,
Y redobla la esquila desde el valle hasta el huerto.

Las melenas volcadas de dolor, con incierto
Ritmo tardo y solemne adelantan al foso...
Y los torvos ancianos, con la vista en el muerto,
Se arrodillan en medio de un silencio espantoso.

« Adios, alma bendita, paloma de los cielos »,
Reza el cura. Y unánimes desdoblan los pañuelos...
Por fin, sobre la caja, con íntimo reproche,

Cada cual un puñado de tierra vil derrumba...
Todo duerme. A intervalos lastiman en la noche,
Los aullidos del perro que vela ante la tumba.

MERIDIANO DURMIENTE

Frente á la soporífera canícula insensata,
La vieja sus remiendos monótonos frangolla;
Y al son del gluglutante rezongo de la olla,
Inspirase el ambiente de bucólica beata...

En el sobrio regazo de la cocina grata,
Su folletín la cándida maledicencia empolla,
Hasta que la merienda de hogaza y de cebolla
Abre un dulce paréntesis á la charla barata.

Afuera el aire es plomo . . . Casiopea y Melampo,
Turban sólo el narcótico gran silencio del campo.
Ella la muy maligna finge torpes enredos,

Como le habla al oído de divinos deslices . . .
Y así el tiempo resbala por sus almas felices,
Como un rosario fácil entre unos bellos dedos.

LA SIEGA

La mocedad que acude, briosa de las campañas,
Á los mutuos apremios, puja á las maravillas :
Ellos los mocetones torvos, con las guadañas,
Y ellas con las tijeras fáciles, en cuclillas . . .

Unos apilan mieses, otros atan gavillas,
Muchos juegan ó comen tortas en las cabañas,
Mientras el vecindario pobre de las orillas
Espiga en los rastrojos mustios y entre las cañas.

Hacia la era, inválidos, bajo una gloria de oro,
Vacilan los vehículos su viaje sonoro...
Cien rapazuelos llueven ágiles sus guijarros,

En medio de estridentes júbilos de ludibrio,
Y al fin restableciendo todos el equilibrio,
Fáciles sabandijas cuélganse de los carros.

LA CENA

Un repique de lata la merienda circula...
Aploma el artesano su crasura y secuestra
Media mesa en canónicas dignidades de bula,
Comiendo con la zurda, por aliviar la diestra...

Mientras la grey famélica los manjares adula,
En sabroso anticipo, sus colmillos adiestra;
Y por merecimiento, casi más que por gula,
Duplica su pitanza de col y de menestra...

Luego, que ante el rescoldo sus digestiones hipa,
Sumido en la enrollada neblina de su pipa,
Arrullan, golosinas domésticas de invierno :

La Hormiga y Blanca Nieves, Caperuza y el Lobo . . .
Y la prole apollada, bajo el manto materno,
Choca de escalofríos, en un éxtasis bobo.

SONETOS VASCOS